

EN BUSCA DE RESPETO. VENDIENDO CRACK EN HARLEM
DE PHILIPPE BOURGOIS¹

Por: Luis Pablo Espino Martínez²

Las historias y experiencias que Philippe Bourgois narra en su libro *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem* (resultado de un trabajo etnográfico realizado entre 1985 y 1990 en East Harlem, El Barrio, con informantes puertorriqueños de segunda y tercera generación) trascienden la temporalidad y espacialidad en donde fueron vividas. Al hacer una lectura de esta obra, resulta casi imposible imaginar que los relatos de Primo, César, Ray, Candy, Benzie, Esperanza y Carmen (entre otros tantos personajes involucrados en el libro) hayan sucedido hace más de 25 años en un enclave urbano-marginado de Nueva York, Estados Unidos, ciudad comúnmente asociada a una vida opulenta y estable que ofrece el llamado *sueño americano*.

Bourgois expresa un sentimiento parecido al comparar sus notas de campo con las pertenecientes a los trabajos de Frederic Thrasher (académico reconocido por ser pionero en los estudios sobre pandillas) y sus estudiantes en la década de los treinta en East Harlem: el contexto de violencia, segregación y marginación parecen no haber sufrido alteraciones considerables en cinco décadas, y aún menos en la actualidad.³

En la introducción de *En busca de respeto*, Bourgois comenta las perspectivas que motivaron la escritura del libro; por un lado, una perspectiva que pusiera énfasis en lo que al autor llama la *economía política* de la cultura callejera en El Barrio y a la par, una perspectiva política y personal cuyo objetivo es señalar las condiciones de marginación económica y segregación étnica que son impuestas a sectores de población afronorteamericana y

¹ Bourgois, Phillippe (2015), *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Siglo XXI, Buenos Aires

² Pasante de la licenciatura en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

³ Véase Bourgois, Phillippe (2015), *op. cit.*, p 97.

latina en uno de los países más industrializados y económicamente más poderosos del mundo (bajo la lógica del neoliberalismo punitivo) en donde se dicen respetar y garantizar todas las diferencias, excepto las étnicas, raciales y de clase social.

Estas condiciones de segregación y marginación se acompañan de manifestaciones de violencia que van desde las agresiones físicas y el abuso de autoridad por parte de la policía neoyorquina en contra de todo aquel que aparente ser vendedor o consumidor de narcóticos en El Barrio, hasta las barreras simbólicas que delimitan éste *apartheid* urbano estadounidense y crean lo que Bourgois llama un *sentido común+racista* en las personas blancas y de clase media, cuya consecuencia es considerar como peligrosos aquellos espacios habitados por afroamericanos o latinos marginados.

Bourgois insiste en considerar la venta de drogas y la narcodependencia como síntomas que van más allá del plano de la voluntad personal: son expresiones de la marginación social y la alienación que produce el sistema político-económico. En un contexto donde el 39.8% de la población en Harlem (en 1990) vivía por debajo de la línea federal de pobreza, las entrevistas y conversaciones que Bourgois entabló con los traficantes de *crack* y sus familiares, muestran esta relación entre condiciones estructurales y deseos personales: la información refleja los mecanismos a partir de los cuales hombres y mujeres enfrentaban *la lucha diaria que libraban por la dignidad y para mantenerse por sobre la línea de pobreza*⁴

A pesar de que las condiciones de marginación buscaban ser resarcidas por el Estado a través de la asistencia pública, ésta resultaba ser ineficiente y sujeta a condiciones que la mayoría de las veces no cumplían los habitantes de El Barrio. Esto los orillaba a emplearse en actividades de la economía subterránea y clandestina, pues también veían minadas sus oportunidades de ser contratados en un *empleo formal+con un salario fijo y garantizado*, por lo cual la venta de *crack* y cocaína resultaba ser la fuente de empleo más atractiva para la población masculina, sin que ello significara la ausencia de las mujeres en la cadena del narcotráfico.

Habitar un enclave urbano-marginado como East Harlem, además de incursionar y permanecer en las actividades clandestinas y subterráneas,

⁴ *Ibid*, p. 32.

configuran lo que Bourgois llama *«cultura callejera»*, que incluye las estrategias de los habitantes de El Barrio, para mantener su noción subjetiva de dignidad, desafiando así las barreras simbólicas que refuerzan el racismo y la exclusión social por medio del estigma: *«una red compleja y conflictiva de creencias, símbolos, formas de interacción, valores e ideologías que ha ido tomando forma como una respuesta a la exclusión de la sociedad convencional»*⁵

Esta cultura callejera se interioriza en un marco de sentido que media todas las interacciones que la población de El Barrio tiene con el exterior, cristalizando muchas veces la disparidad entre el capital cultural de sus habitantes y el requerido por la clase media, el Estado y sus instituciones en la vida cotidiana. Esta visión del mundo que se forja de manera cotidiana en East Harlem, es el resultado de una redefinición de la cultura popular puertorriqueña, en específico la que es propia de la población campesina de la isla: para los puertorriqueños nacidos en Nueva York, las prácticas afrocaribeñas de santería toman un nuevo significado junto con creencias religiosas, además de la apropiación que algunos vendedores de *crack* hacen de la figura del *jíbaro* (este proceso de reivindicación subvierte la escala valorativa del término y hace del estigma un emblema de dignidad y unidad en la comunidad).⁶

Al mismo tiempo, los roles familiares de género tradicionales y la división sexual del trabajo de la cultura popular puertorriqueña también se reinventan y redefinen en el contexto estudiado por Bourgois, sin que ello implique una transformación radical de las condiciones misóginas a las que son sometidas las mujeres que habitan El Barrio, a pesar de la construcción de espacios propios con mayor autonomía y respeto de sus derechos, además de una mayor socialización en las calles y participación en la economía clandestina. Aunado a esto, las mujeres construyen esa nueva identidad

⁵ *Ibid.*, p. 38.

⁶ La figura del *jíbaro* remite a los agricultores que, en las primeras décadas del siglo XX, se vieron obligados a abandonar sus parcelas y a migrar en busca de trabajo en las plantas azucareras. Esta imagen estereotipada lleva consigo una carga histórica negativa, pues también se les denominaba así a aquellos sujetos que, según el mito, no obedecían las leyes ni las convenciones sociales del régimen español en los siglos XVIII y XIX, véase Bourgois, Phillippe (2015), *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Siglo XXI, Buenos Aires, pp. 76-77.

callejera a partir de elementos que definen la virilidad en la economía clandestina: venta y consumo de drogas, descuido y desinterés por los hijos, alarde público de las conquistas sexuales, etc. Paradójicamente, estos procesos acarrearán un aumento de los crímenes femeninos o la agudización de la humillación sexual cuando son adictas al *crack*, pues están dispuestas a soportar los niveles de agresión con la finalidad de obtener dosis de droga; además, el papel de la maternidad permanece intacto debido a que es considerada una opción atractiva frente a la ausencia de espacios alternativos para las mujeres que habitan El Barrio.

El autor observa el cambio en las relaciones de poder en los hogares y en el espacio público, al mismo tiempo que describe el intento desesperado de la población masculina por reafirmar el control sobre las mujeres, esta crisis del patriarcado decanta en el aumento de las agresiones sexuales y la violencia doméstica en El Barrio, las cuales no son propias de un sector masculino de edad específica, pues Bourgois comenta que, por ejemplo, las violaciones grupales y las conquistas sexuales en las escuelas son parte constitutiva del proceso de socialización temprana, además de ser tomadas como normales y omnipresentes.

La transformación de la masculinidad tradicional puertorriqueña es innegable en un panorama de desempleo, patologías personales, problemas familiares y rechazo en el mercado laboral formal; frente a esto, algunos hombres de El Barrio encuentran en la promiscuidad, la violencia compulsiva y el consumo de drogas los espacios dónde redefinir su sentido de dignidad y respeto. Por ejemplo, la masculinidad en la cultura callejera ya no suele ser referida al número de hijos por familia, tal como se hacía en la comunidad rural puertorriqueña, a la par de rechazar cualquier tipo de empleo en el sector de servicios porque, se piensa, mancilla la imagen del hombre trabajador de la industria y lo rebaja a una posición subordinada donde muchas veces tiene que obedecer a mujeres que ocupan un rango superior en los centros de trabajo.

Este ataque a la idea de dignidad y respeto en los hombres de El Barrio, trae como consecuencia el reforzamiento de actitudes machistas y racistas, ya que no sólo la imagen femenina es objeto de agresiones, sino también la población afrodescendiente, la mexicana y cualquier otra que haya migrado a los alrededores de East Harlem y esté ocupando los puestos de trabajo que les son negados a los puertorriqueños o que ellos mismos

rechazan porque deterioran su interpretación de dignidad.⁷ Cuando los adolescentes de El Barrio, que son además desertores escolares, encuentran un trabajo como restauradores o demolidores de edificios, no dimensionan que el resultado de su trabajo es el desplazamiento de su propio vecindario debido a la incapacidad de costear una vivienda en los nuevos inmuebles.

En el caso específico de East Harlem, Bourgois identifica que la base material de la cultura callejera radica en la búsqueda constante de los medios que garanticen el consumo y el abuso de narcóticos. Esta búsqueda personal se desenvuelve en un contexto violento que interiorizan los sujetos y, en un caso paradójico, los engancha en un proceso de destrucción personal y de la comunidad con la que cohabitan. Ejercer la violencia garantiza el ascenso en la pirámide de la economía clandestina, por lo cual las manifestaciones que para un observador externo podrían parecer irracionales, son el resultado de un cálculo para ganar una mejor posición en las calles de El Barrio.

Los niños y adolescentes representan la población más vulnerable a la cultura callejera y a sus contradicciones, pues ofrece una alternativa a espacios de socialización como la familia y escuela: *“el grupo de amigos . la cuadrilla protocriminal de jóvenes o pandilla. ò viene a llenar el vacío estructural abierto por la deserción escolar”*⁸ Desde una edad temprana comienza la normalización de la violencia y la inmersión en la economía clandestina, pues los traficantes de drogas, junto con su estilo de vida, representan figuras a las cuales aspiran muchos niños y jóvenes de El Barrio: *“En plena era postindustrial, no es la falta de alimentos ni de agua potable lo que mata a los niños de El Barrio, sino el consumo excesivo de narcóticos, el racismo, el colapso del sector público y la reorganización de la economía industrial en torno a los servicios”*⁹

⁷ Las expresiones de racismo y xenofobia por parte de los habitantes de El Barrio son curiosas, ya que hacia finales del siglo XIX en East Harlem, los puertorriqueños representaban esos *outsiders* que llegaban a desplazar a holandeses e italianos asentados previamente. En una escala más amplia, los puertorriqueños marginados no dejan de ser los *outsiders* respecto a la sociedad convencional estadounidense.

⁸ *Ibid.*, p. 193.

⁹ *Ibid.*, p. 298.

La descripción detallada de estas dinámicas que caracterizan la vida en El Barrio no sería posible sin la metodología etnográfica y observación participante que Phillipe Bourgois desarrolló durante cinco años de investigación no exentos de dificultades, pues se convirtió en un marginado para la comunidad puertorriqueña (al desconocer su capital cultural) y para los policías neoyorquinos; el investigador siempre estaba en potencia *de ser* un vendedor de *crack* para la policía, y viceversa; él se colocaba dentro de las condiciones cotidianas de supervivencia en las calles de East Harlem, pues al igual que Primo, Ray o César, Bourgois arriesgó su vida para entrar y permanecer en la cultura callejera: en sus propias palabras, convirtió al monstruo en su ambiente social. El trabajo de Bourgois es un llamado de atención a considerar que estos microprocesos trascienden su contexto: el mundo actual, junto con la opresión, desigualdad y violencia, es El Barrio.

ACTA SOCIOLOGICA NÚM. 75, ENERO-ABRIL DE 2018, PP. 137-142.



Mausoleos, Jardines del Humaya, Sinaloa, 2017.